



Al Cristo del Amor

A la memoria de Juan de Dios Morales

Señor: Se ha repetido tanto que tus designios son inescrutables, que la frase se ha convertido en puro tópico. Pero los tópicos o lugares comunes tienen un fondo de verdad irrefutable que, por serlo así, no precisan explicaciones para ser aceptados sin discusión. Mas, a veces, Señor, esos tus designios nos sorprenden y, perdona el atrevimiento, nos hieren de una manera tan dura que muy a nuestro pesar y desde nuestra perspectiva humana, los encontramos desproporcionados. Es lo que ocurre cuando acontecimientos y hechos dolorosos se ceban sobre los débiles y desgraciados, sobre los que padecen los mayores males y las más lacerantes miserias y necesidades; es lo que sucede, Señor, cuando el dolor sacude con sus punzantes puñales a los enfermos desahuciados, y a los que sufren hambre y sed de justicia, y a los perseguidos por continuos infortunios, y a los heridos por la ponzoña de las envidias, y a los vapuleados por los odios, y a los atropellados por las ambiciones del poder... En estos casos, cuesta trabajo creer que el amor haya jamás existido ni que en él, más que en la justicia, resida el porvenir ideal de este mundo, y que constituya el firme basamento sobre el que se apoya tu doctrina de paz.

Ya veces, Señor, sin desearlo, sin poderlo reprimir, uno se siente rebelde contra la adversidad sobrevenida, contra esa inevitabilidad por causa de la cual desaparecen seres queridos como el padre o la madre, cuando más se necesitaban, o el hijo en el que estaban a punto de madurar, espléndidos, todos los proyectos e ilusiones en torno a él depositados y acumulados durante largos, larguísimos años... O al amigo entrañable con quien compartías luchas y problemas, sinsabores e inquietudes, aficiones y devociones...

Así ocurrió con un hijo *tuyo*, compañero durante muchos años trabajador infatigable, con el que se podían tener discrepancias pero nunca rencillas ni disgustos. En su fe y en sus ideas, era siempre insobornable y resistente como una roca; en su trato, afable y flexible, rápido en el

favor y en la ayuda que pudiera prestar y tardo u olvidado en aguardar agradecimientos. Y un día, aún cercano, de repente, en lo mejor de su madurez, se fue, nos dejó sorprendidos y tristes.



Tus designios, en verdad, son inescrutables. Su familia, los hijos especialmente, los amigos, hemos sufrido algo así como la amputación de una parte importante de nosotros mismos. Pero ello, tal vez, sea consecuencia de nuestra visión miope, de nuestra pequeña y egoísta perspectiva humana, que no alcanza a ver ni comprender como esa llamada tuya, para nosotros prematura, es un premio a su dedicación a Ti, una demostración de reciprocidad del Amor que constituye Tu esencia divina y la de tu madre, la Virgen de las Campanitas.

Con el paso del tiempo, sin duda, se atenuará nuestra tristeza o desaparecerá; el gozo de Tu presencia, sin embargo, no se acabará nunca para él. El hombre bueno, el hombre honesto y trabajador —quizá demasiado— que fue Juan de Dios, requerido por ti con tanta urgencia, excesiva según nuestros pobres y cortos criterios, ha conseguido ya el premio a su fe y a su amor.

Miguel Molina Rabasco

